

Capítulo 41 - - Luces pálidas

Era una pequeña marca, apenas del ancho de la mitad de la palma de la mano, pero esa 'C/C' podría acabar con todos ellos.

“Problemas,” repitió lentamente Lady Angharad Tredegar. “¿Qué quieres decir?”

Tristan percibió el cambio en la noble, la forma en que su anterior malhumor se tornó de inmediato en una espalda erguida, mientras inconscientemente hacía espacio para poder sacar su espada. Era interesante que alguien de su cuna hubiera aprendido ese hábito — el que generalmente solo se ve en los rompehuesos y asesinos que han servido en coterías durante años, que saben que la muerte puede llegar en cualquier momento. Alguien había intentado matar a Angharad Tredegar, pensó, y más de uno había intentado con violencia.

El ladrón aclaró su garganta.

“¿Prefieres la explicación breve o la detallada?” preguntó.

La Pereduri parpadeó, como si se sorprendiera de que incluso preguntara.

“Por supuesto, la larga,” dijo Angharad con seriedad.

“¿Eh,” musitó Fortuna, inclinando la cabeza. “Nunca piden la explicación larga. Creo que algo anda mal con ella, Tristan.”

Un momento.

“Quiero decir, ella aceptó voluntariamente que tú le hables más, debe ser al menos una masoquista.”

Tristan sabía que no se podía estrangular a una diosa incorpórea. Había intentado suficiente para estar seguro. Disimulando su sorpresa — Fortuna no estaba equivocada en al menos la primera parte — el ladrón volvió a aclarar su garganta, ordenando sus pensamientos.

“Una lámpara no es algo complicado de hacer,” dijo finalmente. “Esencialmente, es un poste de hierro de unos veinte pies de altura — más ancho en la base, para mayor estabilidad — con un cilindro de hierba y hierro atornillado en la parte superior. Tiene un depósito de aceite en su interior y una mecha para encender.”

Tredegar, por todas las apariencias, escuchaba con mucha atención. Como si estuviera interesado. Comenzaba a parecerle que Fortuna podría tener razón, una perspectiva inquietante en los mejores tiempos.

“El aceite es barato,” dijo. “De almendra, pero no necesita ser cultivado en Glare — solo cortado con polvo infundido o piedra. El hierro es barato en Sacromonte debido a la Trinchera, y un poste de hierro no es difícil de forjar, así que las lámparas son relativamente baratas de fabricar y lo han sido desde que hay memoria. No es un bien popular en el comercio porque, según parece, no produce monedas.”

“Pero,” dijo Angharad.

Los nobles de Malani se decía que tenían un mejor ojo para la moneda que la mayoría, recordó. O al menos sus ramas menores.

“Llega Chabier Calante,” dijo Tristan, “a quien en algunas áreas del Murk comparan favorablemente con el Príncipe de las Mentiras.”

Los ojos marrones de la Pereduri se dirigieron hacia la lámpara bajo la cual estaban, observando el ‘C/C’ impreso en el metal. Su ceja se levantó.

“Han pasado décadas desde aquella época y las historias han erosionado la verdad,” continuó Tristan, “pero algunos elementos permanecen: Chabier Calante era un comerciante tebano, un mercader de Trebia, y por una oportunidad que él creía haber encontrado, adquirió una gran cantidad de cañones Pili — en realidad, solo los barriles.”

Angharad inclinó la cabeza, de lado.

“He leído sobre esos,” dijo. “Artillería Tianxi. Potentes, pero infamemente imprecisos. Su uso le costó varias batallas navales a las Repúblicas.”

“Dudo que a ese hombre le importara,” dijo Tristan. “Pero fue engañado de todos modos: la razón por la que obtuvo los barriles a tan buen precio fue porque estaban mal fundidos. Una especie de unión delgada, provocaba que la base fuera propensa a explotar tras el segundo disparo. Peor aún, el país a quien pensaba vender estos cañones evitó la guerra en el último momento mediante un tratado.”

"Entonces fue arruinado", dijo Tredegar.

Ella sonaba bastante aprobatoria.

"La mayoría lo habría estado, pero Chabier Calante fue audaz", replicó Tristan. "Por aquella época, la Ciudad buscaba expandir sus hileras de farolas hacia la Sombra. Chabier tuvo una chispa de inspiración: colocando los barriles mal fundidos sobre una base más corta y hueca de chatarra de hierro, podría construir farolas a un costo ínfimo".

"Seguramente la calidad se vería considerablemente reducida", frunció el ceño Angharad.

Tristan se encogió de hombros.

"Cuenta la historia que, cuando se convocaron licitaciones para los infanzones, su oferta fue casi la mitad de la de sus competidores", dijo el ladrón. "La descripción que hizo Chabier de sus farolas cortas, rechonchas, como 'resistentes ante la barbarie del común', resultó ser bastante encantadora. Le concedieron el contrato".

El rostro de la noblewoman se endureció.

"Eso roza la corrupción", dijo severamente. "Es, en el mejor de los casos, una evidente ineptitud".

Tristan se preguntó cómo sería vivir en un mundo donde cualquiera de esas cosas fuera un obstáculo real para mantener el poder con el que habían nacido.

"Al año siguiente, las farolas con la nueva marca 'C/C' brotaron en casi toda la Sombra", dijo Tristan. "En Soliante, Araturo y Careyar".

"No conozco esos distritos", le dijo Angharad. "Me alojé en Cortolo y pasé algún tiempo en el Muelle del Pescadero".

Tristan soltó un pequeño sonido de curiosidad.

"Cortolo es una de las partes más agradables del Casco Antiguo", dijo. "Me sorprende que hayas logrado conseguir una cama allí; la mayoría de los extranjeros terminan cerca de los puertos".

"Mi tío recomendó a un conocido", dijo Angharad.

Ah, la relación con la capa negra. Más probablemente, pensó Tristan, fue el hecho de que recomendó una posada vinculada a la Guardia.

"Son distritos situados cerca del borde occidental de la ciudad", explicó. "Lejos de Cortolo y, en realidad, de los ojos de los infanzones. Chabier Calante se enriqueció mucho con ese trato, un hombre de recursos, pero con el paso de los meses, incluso al cumplirse un año, comenzaron a llegar noticias: sus farolas seguían explotando, sus partes superiores reventando en lluvias de fuego y cristales rotos".

Las labios de Angharad se apretaron. Tristan se dio cuenta de que, en realidad, estaba genuinamente enfadada por algo que ocurrió en una tierra extranjera décadas antes de su nacimiento.

"Era por las piezas de los cañones Pili", dijo Tristan. "El calor constante las deformaba, y así las convertía en cócteles molotov improvisados que explotaban en sus propias farolas".

"¿Qué ocurrió después de que arrestaron a Chabier Calante?", preguntó Tredegar.

"Él no fue arrestado", dijo Tristan con suavidad. "Chabier suprimió las noticias durante unos años más pagando a un grupo para culpar a otro de las explosiones, lo que le permitió mantenerse en buena estima el tiempo suficiente para casarse con una familia noble y prepararse".

"¿Prepararse cómo?", pronunció el Pereduri, con expresión desconcertada.

"Para que se descubriera, sus farolas eran prácticamente una explosión autoinducida en las calles de Sacromonto", explicó Tristan. "Tenía repuestos preparados para las piezas cuya fabricación, curiosamente, enriquecía a suficientes infanzones influyentes, de modo que no solo salió impune, sino que incluso se enriqueció aún más".

Angharad Tredegar pareció haber recibido una bofetada, algo que le costó mucho esfuerzo no sonreír. No pudo evitarlo, ella tomaba todo muy personal.

"Debería haber sido colgado", dijo la noblewoman con voz dura. "Y todos los involucrados en la adjudicación del contrato, despojados públicamente de sus cargos y títulos".

Ni siquiera te das cuenta, ¿verdad? Que incluso en tu mundo más refinado, colgarías al plebeyo y permitirías que los nobles se salgan con la suya con una simple palmada en la muñeca. Tristan no pudo encontrar el motivo para sentirse molesto por ello. Era esa ceguera con la que uno nace, tan propia de un defecto como una cojera o un tartamudeo. Tredegar parecía algo avergonzada por su propia explosión, tosiendo con incomodidad.

"¿Es esta la lámpara que ha sido reparada, entonces?" preguntó ella.

Tristán frunció el ceño, porque ahora habían llegado a lo más profundo del asunto.

"El nombre de Chabier aún no sería maldito por su engaño después de tantos años si eso fuera todo," dijo. "Las piezas de reemplazo, ves, tampoco funcionaban muy bien. El brillo de las lámparas suele fluctuar, y algunos problemas con los mecheros hacen que puedan apagarse durante horas sin advertencia."

Tredegar no era una mujer lenta, a pesar de sus cadenas autoimpuestas.

"Anteriormente dijiste que el brillo de estas lámparas es perfecto," dijo Tredegar lentamente. "¿Entonces no es igual al de las otras que conoces?"

"No," respondió con gravedad. "No lo es. La mitad superior tampoco se ve exactamente igual, la marca está en otro lugar."

Hació una mueca de disgusto.

"Creo," dijo Tristán, "que estamos mirando el molde original. La primera tanda de Chabier."

"Y dijiste que en el plazo de un año estas piezas explotaron," dijo en voz baja Tredegar. "¿Las del Murk se usaban todos los días?"

Él asintió con la cabeza.

"Entonces, incluso si la gente de Cantica enciende estas lámparas solo con la cantidad necesaria para evitar la enfermedad de Gloam, ya deberían haberse roto," afirmó Tredegar, sorprendiendo

con la firmeza en su voz.

Ay, no debería haberlo hecho. Su madre había sido una especie de exploradora, ¿no? Nadie conocía mejor la enfermedad de Gloam que los que se aventuraban en los mares oscuros.

"Habría otras explicaciones," advirtió él. "Por ejemplo, si la ciudad solo existió por uno o dos años."

"No habría sido el núcleo del Juicio de las Malas Hierbas si fuera una creación tan reciente," anotó Tredegar. "Ni tendría tantos oficios establecidos en la calle principal."

Un razonamiento válido, pensó mientras ella hacía una pausa.

"Quizá, en cambio, tengan fuentes privadas de luz Glaring," dijo. "Dentro de sus propias casas. Tal vez el uso de las lámparas esté restringido a el Juicio de las Malas Hierbas."

"Las lámparas son la mitad de lo que mantiene alejados a los cultistas y lemures," refutó Tristan. "La Guardia no parece proteger a Cantica de las incursiones, como se ve por los cadáveres al frente, así que al menos habríanlas usado en defensa. Además, piensa en los costos. ¿Cada familia en un pueblo pequeño como este tendría una luz privada? Sería una fortuna en monedas."

Y Cantica no parecía un pueblo adinerado.

"No tengo idea de los costos involucrados," admitió Tredegar. "Mucho de Peredur está cubierto por la luz Glaring proveniente del pozo de arriba."

"Sería más barato cerca de un pozo, como tu casa o Sacromonte," dijo Tristán, "pero sería bastante costoso en esta isla perdida donde todo se importa. Dudo que incluso las guarniciones de la Guardia en el Dominio tengan tales lujos."

"Entonces, los habitantes de Cantica deberían ser sombras ya, y no lo son," dijo la Pereduri, con la voz endurecida. "Nos están escondiendo algo."

Era interesante verlo, el preciso instante en que lo blanco se convertía en negro en la mente de Angharad Tredegar. Antes, los habitantes eran sus anfitriones, almas honorables que merecían toda cortesía. Ahora, eran conspiradores, amenazas inminentes. Hubiera sido fácil burlarse de ella por ello, llamarlo sencillez, pero Tristan había visto ingenuidad y eso no era. Era una mentalidad entrenada, algo que le habían enseñado.

¿No sería una habilidad útil para un noble, poder decidir en un instante que uno de tus antiguos pares respetados es un enemigo odioso sin tomar la traición como algo personal?

Comenzaba a aceptar que Angharad Tredegar era muy parecida a un pura sangre entrenado para las carreras. Magnífica en lo que se suponía que debía hacer—meter espada en la gente y comportarse con cortesía—pero algo perdida fuera de esos límites. Lo cual era solo natural: usar a un corredor como a un burro de montaña era una forma excelente de arruinar a ese caballo tan costoso. Además, Tredegar no estaría perdida para siempre; no carecía de inteligencia: con el tiempo, encontrar su camino, pronto se convertiría en una mujer peligrosamente singular.

Pero por ahora, solo era sumamente peligrosa, así que el ladrón pensó en buscarle un circuito de carreras para canalizar ese peligro. ¿Qué decir, qué esconder, qué aprovechar? Tristan imaginó las posibilidades, luego tomó su decisión.

“Esto no puede difundirse a la ligera,” le advirtió Tristan. “Algunos se alarmarían y darían aviso a los vecinos de que estamos en esto.”

“Si estamos en peligro,” afirmó Tredegar, “debemos advertir a los demás.”

El ladrón simuló una duda, preparándose para ceder ante la concesión que había querido desde el principio.

“Solo aquellos en quienes confíemos ambos,” propuso.

Tras un breve momento de duda, Tredegar asintió. Le servía, dado su obsesión por cumplir su palabra.

“Debemos averiguar qué ocultan,” dijo la noblewoman. “Qué oscuro pacto les impide convertirse en hollows sin la luz de Glare.”

“Tengo una idea de lo que podría estar sucediendo,” afirmó Tristan. “Pero considerando quién creo que tiene las respuestas, necesitaré tu ayuda.”

Tredegar arqueó una ceja.

“¿Mi ayuda?” preguntó con escepticismo.

Asintió.

“Necesitamos localizar a Tupoc,” dijo Tristan.

“Me odia,” le informó la noblewoman. “Una sensación mutua, te aseguro.”

El ladrón dudaba de ello en realidad—al menos en lo que respecta a la parte de Izcalli—pero en ese momento no era conveniente discutirlo. O nunca, en realidad.

“No importa,” dijo Tristan. “Tupoc Xical no responderá ninguna pregunta que le haga, porque él y yo sabemos bien—si le insisto, me golpeará brutalmente y arrojará mi cuerpo inconsciente en un lugar humillante.”

Tredegar abrió la boca, y luego la cerró, sin poder hablar.

“Tú, en cambio,” continuó Tristan, “puedes golpearlo bruscamente si intenta eso, y él también lo sabe. Esa capacidad es la base necesaria para tener alguna conversación medianamente respetuosa con Tupoc Xical.”

La noblewoman lo miró con desconfianza.

“¿Tristan,” dijo, “¿estás intentando usarme como una especie de matón callejero?”

Eso era exactamente lo que intentaba —sí, mentirle descaradamente a la mujer cuya forma de vida estaba vinculada al concepto de honor parecía un error—, así que decidió probar con otro enfoque.

“Sé amigo,” intentó Tristan. “Hazlo por la justicia.”

Pasó un instante, y luego, lo que pareció una eternidad.

“No sé si debo ofenderme por la implicación,” musitó Tredegar, “o sentirme aliviada de que finalmente alguien me pide algo en lo que estoy segura de poder cumplir.”

“Esa incertidumbre,” aconsejó con sabiduría, “es el jardín donde florecen las amistades.”

Angharad no lo apuñaló por eso, algo que en su opinión era una señal de acuerdo.

--

Tupoc Xical, lanzas ensambladas y listas en sus manos, se cernió sobre ellos desde el tejado.

El izcalli de ojos pálidos estaba colgado en el borde de las tejas, observando las calles de Cantica como un felino cazador aguardando la presa perfecta para saltar. Tupoc estaba encaminado a las jaulas y, probablemente, a la tumba, a menos que encontrara el secreto que podía salvarle la vida, así que no sorprendió a Tristan que el hombre hubiera decidido que intentar reunir votos era una pérdida de tiempo mejor invertida en conocer bien el terreno en Cantica. De hecho, el ladrón contaba con ello. Los demás, incluido él, se habían dedicado a otros asuntos.

“Buenas tardes,” exclamó Tristan con alegría.

El izcalli le lanzó una sonrisa de burla desde lo alto.

“Menos ahora que desperdicias parte de ella,” replicó. “Vete, rata.”

Pasaron exactamente dos segundos completos.

“Señora Tredegar,” saludó Tupoc con una leve inclinación de cabeza.

Era casi impresionante lo meticulosamente deliberada que había sido esa pausa.

“Tus modales dejan mucho que desear, como siempre,” contestó Tredegar con frialdad.

“Coinciden con el alma a la que se dirigen,” musitó Tupoc con desprecio.

Insulto y halago al mismo tiempo, pensó Tristan con diversión. Qué astuto.

“Solo queremos conversar,” dijo el ladrón.

“¿Nosotros?” resopló el Izcalli. “Qué gallardos se han caído, Tredegar. ¿Ahora te escondes, temerosa, junto a este hombre?”

Angharad Tredegar ladeó la cabeza.

“¿Hablamos entonces,” expresó con tono suave, “de temor, Tupoc Xical?”

El extraño hombre, casi perfecto, quedó inmóvil, como una estatua de carne y hueso, y Tristan disimuló su asombro. Tredegar debía tener algo contra aquel hombre para que reaccionara de esa manera. ¿Cómo? Nadie podía tener algo contra Tupoc; el hombre de la Sociedad del Leopardo era como un montón de afiladas cuchillas ensambladas en forma humana. Tupoc saltó desde el tejado, aterrizando en una postura agachada que estuvo a punto de obligar a Tristan a retroceder, pero al ladrón ni siquiera le importó. Esto era simplemente delicioso.

Que Angharad Tredegar, entre todos, tuviera la autoridad para desafiar a Tupoc era motivo suficiente para alegrar su día.

“No malgastes mi tiempo,” dijo Tupoc. “¿Qué deseas?”

Tredegar aclaró su garganta y giró la vista hacia Tristan. Había sido sorprendentemente rápido, reflexionó el ladrón, y no tuvo que soportar amenazas condescendientes contra su vida como había esperado.

Angharad ya demostraba ser un bastón de notable utilidad para intimidar a la gente.

“Intercambiar secretos,” dijo Tristan. “Has estado inspeccionando Cantica durante horas, Xical. ¿Dónde está?”

La noble a su lado frunció el ceño.

“¿Dónde está qué?”

Tupoc resopló con desprecio.

“Donde están enterrados los cuerpos,” dijo el Izcalli. “Donde nuestros queridos anfitriones guardan sus sucios secretos.”

Tristan levantó una ceja.

“¿Y?”

“Al lado derecho de la ciudad, cerca de la empalizada, mantienen grandes pilas de madera para leña,” explicó Tupoc. “Solo que la madera es vieja, mientras que los rastros en el barro de los caminos son recientes.”

“Entonces, probablemente, un sótano subterráneo,” reflexionó el ladrón. “Están guardando algo allí abajo.”

Tredegar parecía incómoda.

“Me han dicho,” dijo vacilante, “que Cantica podría estar reteniendo esclavos oscuros. Si existe ese sótano, tal vez funcione como una especie de cárcel para los desobedientes.”

Tristan se quedó quieto unos momentos, armando las piezas. Si su sospecha creciente de que los habitantes de Cantica en realidad eran algo más oscuro se confirmaba, entonces tendría sentido que allí almacenaran esclavos vacíos para trabajar en los campos y hacer tareas. Pensaba que las calles estaban vacías porque los vecinos evitaban las deliberaciones, pero las luces de los faroles a gas obligarían a los hollows a salir de las calles.

“Eso sería una gran ayuda,” afirmó Tupoc. “Los esclavos torturados siempre delatan a sus amos cuando tienen la oportunidad, y los hollows, sobre todo.”

Tredegar, notó, se debatía entre su disgusto por la esclavitud y su incapacidad para aprobar que un esclavo traicionara a su superior legítimo.

“Entonces, será hora de echar un vistazo a ese sótano,” dijo Tristan, relajando un hombro.

“Significa que yo también obtengo algo, rata,” dijo Tupoc.

El ladrón asintió.

“¿Tu pregunta?”

“No hay pregunta,” dijo Tupoc. “Voy con ustedes, ese es mi precio.”

“No,” negó inmediatamente Tredegar.

Tristán no dijo nada, y tras un corazón latiendo, recibió una mirada de reproche y una expresión de desaprobación de la guerrera. Mencionar que Tupoc parecía un chivo expiatorio perfecto si algo salía mal en su pequeña misión apenas lograba persuadir a Tredegar, así que Tristán intentó un enfoque distinto.

“¿Por qué quieres venir?” preguntó a Tupoc. “Podrías fácilmente hacer un trueque, diciéndonos lo que aprendamos y luego tú nos cuentas.”

Los ojos pálidos del Izcalli se estrecharon, adoptando una expresión de resistencia en su rostro. Tupoc reconoció en esa señal la forma en que intentaba convencer a su interlocutor — una manera de justificar su participación — pero le fastidiaba recibir alguna concesión de personas como Tristán. Esto comenzaba, pensó el ladrón, a convertirse en un interludio sumamente satisfactorio. Que se retuerza un poco más, pensó, esbozando una sonrisa agradable al otro.

“Este juicio,” dijo Tupoc, “tiene algo que no me cuadra.”

“No hay nada incorrecto en ser llamado a rendir cuentas por tus propios hechos,” replicó Tredegar con firmeza.

Ella lo descartó con un gesto irritado.

“Me refiero a la forma en que se realiza,” explicó el Izcalli. “¿Qué impide que cualquier grupo con la mitad de los votos acabe eliminando a todos a quienes odien, sin importar el objetivo declarado de este juicio? Está diseñado para filtrar a los indignos, pero es muy fácil de manipular, incluso teniendo una salida para evitar la muerte.”

“Ah,” exhaló Tristán. “¿Crees que hay algo más allá de nosotros que intenta acabar con nuestras vidas?”

“Nos prohíben pelearnos entre nosotros y con los habitantes del pueblo,” dijo Tupoc. “Pero ¿y si hay algo más dentro de las murallas con nosotros?”

Algo que podría caminar bajo la luz del Resplandor, algo que no se revelaría antes de atacar. Tristán había llegado poco a poco a la misma conclusión, pero a una escala mayor de la que Tupoc imaginaba. El Izcalli todavía pensaba en esto como una caza, cuando debería considerarla como una mafia.

“Los ataques nocturnos nos castigarán por permanecer demasiado tiempo,” dijo Trédegar en voz baja. “Nos obligarán a sopesar la justicia de ejecutar a los merecedores y los riesgos que enfrentamos de dañar a los inocentes en el proceso.”

Algo que los caballeros de capa negra desearían conocer antes de acogerlos en su orden. ¿Es una regla oculta que cazar al asesino durante la noche te salva? Sería una manera de conservar a talentos que han quemado muchos puentes pero aún podrían ser útiles para la Guardia.

Una regla para proteger a quienes, como Tupoc Xical, puedan ser considerados peligrosos.

“Quiero respuestas, igual que tú, pero esa no es la razón por la que deseo acompañarlos,” dijo Tupoc. “Se me ocurre que mi enemigo quizá se vea tentado a atacar si parece que vamos a descubrir los secretos de Cantica.”

Tredegar exhaló lentamente.

“Eso es precisamente lo que has estado haciendo,” dijo ella. “Te quedas solo, intentando atraerlos para atraparlos.”

Ah, pensó Tristán. Los ceguera de un lado y del otro. Él veía los asuntos como una mafia, así que no se le había ocurrido que Tupoc podría estar tratando de engañar al cazador. Era bueno que Tredegar lo hubiera notado, porque finalmente le permitía entender qué era exactamente lo que el Izcalli había estado haciendo todo ese tiempo.

“Él vendrá con nosotros, guste o no,” le dijo Tristán a Angharad. “Está muerto si no encuentra la regla oculta, no hay nada que podamos hacer que sea peor que la consecuencia si falla esa oportunidad.”

La noblewoman lo miró durante un largo momento, con rostro reluctante, pero él no parpadeó. Tredegar suspiró.

— Aunque nos acompañarás —le dijo de manera tajante a Tupoc—, no serás parte de nuestra compañía.

Una distinción importante para ella, esperaba. Quizás no tendría la obligación de ofrecerle ayuda en combate si no era un 'acompañante'.

— Me estás hiriendo los sentimientos, Lady Tredegar —sonrió el Izcalli.

— Cuenta tus bendiciones que un juramento me impide hacerte daño más que eso, Xical —replicó ella con firmeza.

Y sin decir otra palabra, se apartó, dejando a ambos cara a cara.

— ¿Buscando nueva sombra de la que colgarte, Tristan? —preguntó Tupoc con indiferencia—. Yong parece haberte dejado atrás.

— Voy a averiguar qué tienes en contra, Tupoc —respondió Tristan con cordialidad—. y recorreré esta ciudad gritando eso a los cuatro vientos.

Siguiendo las cortesías correspondientes, ambos se apresuraron a ponerse al día con Tredegar.

--

Las pilas de madera eran exactamente como se les había informado: grandes, viejas y visitadas con demasiada frecuencia para ser lo que aparentaban.

Los tres extremaron precauciones para no pisar el barro y dejar huellas — más bien, él y Tupoc lo hicieron, y Tredegar observó el mismo camino sin preguntar por qué — mientras se acercaban. El lugar estaba desierto, probablemente para evitar atraer atención en primer lugar, pero ellos evitaban quedarse al descubierto de todos modos. Cuanto antes terminaran allí, mejor. Aunque rodearon el área en busca del puesto de vigilancia esperado, no encontraron a nadie.

— Estamos tardando demasiado —gruñó Tupoc—. Mejor busquemos esa bodega.

La zona donde estaban apilados los troncos era tierra seca, así que no era fácil distinguir huellas, pero tras comenzar a rodear y inspeccionar, Tredegar soltó un suspiro de asombro. La pila podía moverse sin esfuerzo, levantándose con una sola mano, y aunque la mujer Pereduri era fuerte, no tanto como para hacer esa hazaña.

Era hueca, ensamblada con pegamento, y debajo había una trampilla.

— Prometedora —dijo Tristan.

Apartaron la falsa pila. Tupoc intentó que no fuera demasiado evidente que la habían movido desde lejos, pero Tristan sospechaba que era una causa perdida. La única manera de mantener el secreto era por la rapidez. Tirando de un anillo de hierro, Tredegar abrió la puerta y reveló una cámara de piedra sin luz debajo. Tristan se arrodilló en el borde, mirando hacia abajo y frunciendo el ceño. El olor a basura humana era intenso, pero apenas vio algo más que piedra desnuda.

— Tendremos que bajar —dijo—. No creo que alguno de ustedes tenga una linterna.

— Algunas cerillas —respondió Tupoc.

Eso tendría que bastar. Había una pequeña escalera improvisada que bajaba, y uno tras otro descendieron en orden, siendo el Izcalli quien lideraba. Una vez que Tredegar cerró la trampilla sobre sus cabezas, Tupoc rasgó una cerilla. La luz parpadeante reveló los bordes de la pequeña cámara en la que estaban: piedra en todos lados excepto en uno, donde una puerta de grueses barrotes de hierro los encaraba.

— Tenías razón —murmuró Tristan a Angharad—. Es una cárcel.

La puerta tenía un candado, similar a los que encerraban a los animales en la plaza del pueblo, y al acercarse, la cerilla se apagó. Tupoc rasgó otra, revelando una docena de sombras echadas en el suelo cubierto de paja sucia y polvo. La mayoría estaban medio desnudas, todas con heridas y varias parecían haber sido cortadas o arañadas. Tredegar se puso rígida de ira, mientras Tupoc permanecía impassible. Tristan en cambio observó a los prisioneros, notando que la mayoría dormía o estaba inconsciente, pero una mujer vestida con harapos los miraba con ojos muy abiertos.

Ojos azules, observó, y la visión de esa piel pálida le hizo que su estómago se contrajera con una sensación desagradable.

— Tú no eres ellos —susurró la mujer con una voz áspera y acento de Antigua.

— Los habitantes de Cantica —dijo Tristan—. ¿Son ellos quienes te colocaron aquí?

Ella asintió débilmente.

— Los amos —dijo—. Tomé más raciones para mi hermano, y ellos dijeron que soy ladrona. Me encerraron aquí.

— Entonces, eres una esclava —afirmó Tupoc.

Su voz fue suave, casi tierna. Su chispa se apagó y encendió otra, revelando que sus ojos pálidos estaban tan fríos como siempre. Un hombre de la Sociedad del Leopardo en acción, pensó el ladrón.

— Todas somos esclavas —indicó la mujer—. Trabajamos en los campos. Cortamos madera. Servimos.

— Los faroles —preguntó Tristan—. ¿Con qué frecuencia se encienden?

La mujer tosió, y con voz ronca afirmó que no entendía. La cara de Tredegar mostraba un dolor profundo, como si le doliera el alma. Tupoc habló en un idioma que Tristan no comprendía —¿un canto vacío?— y luego repitió la segunda parte de la pregunta del ladrón.

— Una vez al año —dijo la mujer—. Algunos días.

Ella tosió nuevamente.

— ¿Puedes —comenzó ella, lamiéndose los labios—. ¿Puedes dejarme salir?

— En cuanto tengamos la llave —mentió Tupoc sin pestañear—. ¿Sabes por qué los habitantes del pueblo no se han convertido en ustedes? ¿Por qué todavía son de la Luz?

La esclava negó con la cabeza, luego vaciló.

— Este lugar —dijo—. Los que vienen aquí no regresan. Tal vez esto, por favor, ¿me dejaríais salir?

La lástima nunca ayudó, Tristan lo sabía. Era mejor dejarla de lado.

— Hay historias de tribus Triglau que sacrifican hombres a sus dioses para evitar volverse huecos —comentó en voz baja Angharad.

Él intercambió una mirada escéptica con los izcalli antes de que la llama se apagara, y otra chispa cobrara vida. Los marineros malani tenían muchas historias locas sobre la gente de sus territorios remotos; siempre contadas como relatos, por supuesto, para evitar mentir.

— El pueblo tal vez tenga algo parecido a una vela —dijo Tupoc—. No sostendría muchas sin un suministro regular de sangre, pero eso podría explicar por qué hemos visto tan pocos habitantes.

Pensó Tristan: vimos pocos habitantes, porque esto no es un pueblo. No más que esta prisión es una cárcel; en realidad, es un almacenaje de provisiones.

— Debemos irnos —dijo el ladrón—. Hemos pasado demasiado tiempo aquí abajo y ella no tiene nada más que decirnos.

Tupoc asintió. Tredegar parecía estar dividido, pero había una razón por la cual la Pereduri había dicho muy poco desde que llegaron aquí abajo. Ella sabía que no estaba en posición de hacer promesas.

— Por favor —susurró la mujer, arrastrándose hacia ellos—. Por favor...

Tristan apartó la vista con brusquedad. Tupoc fue el último en levantarse, pues tuvo que seguir encendiendo cerillas, y eso fue un acto de misericordia.

Era la única de ellos a quienes esas súplicas roncadas no hicieron retroceder.

—

Esperaba una emboscada en cuanto volvieron a estar de pie junto a los montones de madera, pero no había alma en vista. Ni siquiera una rata. El ladrón tarareó, intentando recordar si había visto algún animal desde que llegó a Cantica. Ni uno solo, pensó. Ni un gato ni un perro, mucho menos una rata. Probablemente habría ganado algo de ganado en algún lugar, ya que había una carnicería cerca de la calle principal, pero la ausencia de cualquier otro signo era reveladora.

Anotó esto en su memoria, junto con el hecho de que los habitantes nunca mostraban los dientes cuando sonreían y mantenían las conversaciones cortas —cuando no evitaban hablar por completo—.

—Deberíamos separarnos —sugirió Tristan—. Si permanecemos juntos, la gente preguntará dónde hemos estado.

Tupoc no ofreció ningún argumento, como era de esperarse. La mitad de la razón por la que había venido el Izcalli era porque él quería ser atacado; no insistiría en mantenerse en grupo. Tredegar vaciló, aún temblando por lo que había visto abajo, pero asintió después de un momento.

—Reunámonos nuevamente en el Último Respiro —le dijo ella—. Debemos conversar.

Tupoc resopló con desdén y se alejó, desapareciendo en las entrañas de la ciudad. Tristan asintió en señal de acuerdo con la noble, y luego la invitó a partir primero. Esperó hasta que ella dobló la esquina para seguirle, cada segundo más tenso. Sabía que era la presa más vulnerable de los tres, y que si alguien esperaba escondido... Solo cuando se alejó de la bodega oculta tras haber colocado la pila hueca en su lugar, no ocurrió ningún ataque repentino. En efecto, no se percibió rastro de nadie hasta que estuvo cerca de la calle principal de nuevo.

Allí se topó con una pareja que paseaba, quienes asintieron en silencio cuando él les saludó con voz alegre.

—¿No son muy conversadores, eh?

Casi brincó del susto. Maryam estaba sentada en un pequeño banco junto a la acera, escondida en una sombra, y lo observaba desde allí. No había notado su presencia en absoluto, lo cual no ayudó a calmar sus nervios. Tranquilo, se dijo a sí mismo. Ya descubriste parte de la trampa.

—Que no lo sean —respondió.

Cuando Tristan se acercó, ella se desplazó para dejarle espacio, sentándose junto a ella casi lo suficiente para tocarla. Tristan dudó un instante y luego se mordió la lengua.

—¿Cómo está él?

Maryam frunció el ceño.

—El médico dice que sus probabilidades son medio y medio —respondió—.

Tristan hizo una mueca de disgusto. No solo porque la vida de Yong ahora pendía de un hilo, sino también porque ya no estaba seguro de que el médico pudiera confiarse para decir la verdad desde el principio.

—Tenemos problemas —dijo Tristan—.

Sus ojos azules se entrecerraron hacia él. Tragó saliva, recordando las súplicas que los habían seguido por la escalera antes de quedar en un silencio angustioso, desgarrador.

—Una sola vez, solo una, quisiera tener una conversación ligera contigo —exigió Maryam—. ¿Cómo va todo, Maryam? El clima tan hermoso que tenemos, ¿no?

—Encantador —respondió él, incapaz de comprender su estado de ánimo—. Nublado con posibilidad de demonios, podríamos decir.

Se quedó quieta; toda alegría se esfumó de su rostro.

—¿Dentro de los muros? —susurró Maryam, acercándose más.

—Creo que cada persona con la que hemos hablado desde que llegamos a Cantica ha sido un demonio —dijo Tristan—, y fue casi un alivio poder decirlo en voz alta. —Todos sonrían sin mostrar los dientes, y muchos evitan hablar realmente.

No todos los demonios eran expertos en imitar voces, su especie se hacía más diestro en el engaño con la edad.

—Generalmente, son sus ojos los que los delatan —contestó Maryam—.

Era cierto. Los ojos eran frágiles, especialmente cuando vaciabas el cuerpo que los sustentaba para vestirlo con tu forma corrupta; solían researse o irritarse. En los tiempos modernos, se decía que los demonios llevaban gafas para ocultar ese detalle, pero que la mitad de Cantica usara esas gafas sería una prueba definitiva.

—Me enseñaron a revisar los dientes —respondió Tristan—. Los cuidadosos mantienen los dientes humanos, pero si miras con atención, puedes ver los propios asomándose por detrás.

Nunca había visto el cuerpo verdadero de un demonio con sus propios ojos, aunque sí había contemplado diagramas en libros. Algo que no era completamente crustáceo ni insecto, sino una pesadilla en cada pulgada, cubierto de quitina y pinzas. Debían plegarse con mucho cuidado para caber dentro de una carcasa, y si perdían la calma, tendrían la tendencia a rasgar la fragilidad del caparazón, permitiéndoles pasear bajo la luz de Alev. Maryam estremeció.

“Si la Vigilancia permitió que se asentaran aquí, deberían ser firmantes de los Acuerdos de Iscariote,” dijo.

Pocas cosas se habían exigido a los regentes del Infierno cuando se alcanzó la paz y se firmaron los Acuerdos. Las dos concesiones principales habían sido sellar Pandemónium, el lugar de origen de

los demonios, y que su especie dejaría de consumir humanos y de usar su piel. Los demonios modernos, aquellos que algunos países permitían en su territorio, usaban piel tomada de cadáveres. Cadáveres recientes, de modo que la caparazón no hubiera decayado, pero solo tomaban de los ya fallecidos.

Los demonios que estaban aquí no tenían intención de comerlos, quería decir Maryam.

“Supongo que comen a cualquier desgraciado en una jaula que eligen para morir,” dijo Tristan suavemente. “De cualquier manera, necesitarían los cuerpos para reemplazar los cascos que se pudren o se desgarran.”

A Shalini le habían prometido que Ishaan sería quemado, pero ahora tenía algunas dudas. Lo más probable es que quemaran algo, y el próximo año Ishaan Nair sería uno de los rostros que recibirían a quien lograra llegar a la Prueba de las Malezas.

“El hombre que dirige el Último Descanso es muy joven,” comentó Maryam tras un momento. “Ni siquiera parece tener veinte años. Si esa fue una decisión tomada porque solo tienen ciertos cascos para escoger...”

“Entonces no tienen carta blanca para devorarnos a voluntad,” finalizó Tristan lentamente. “Eso, al menos, es algo.”

“Pero no mucho. Necesitamos una manera de salir de aquí si todo se va al caos, bueno, ya sabes,” terminó avergonzada.

El Infierno, pensó con diversión, ella había estado a punto de decir.

“Supongo que hay más de una salida de este lugar,” dijo. “Una ciudad de este tamaño no puede contar solo con una puerta.”

Ella asintió.

“Encuétrala,” dijo Maryam. “Mientras tanto, necesito advertir a alguien.”

Song Ren, pensó.

“Me voy a reunir con Tredegar en el Último Descanso en un rato,” dijo. “Para planear los detalles.”

“Yo estaré allí,” afirmó Maryam. “Y mira si puedes encontrar a Lan antes de unirse a nosotros. Ella te buscaba antes.”

Le tocó a él asentir. Lan tenía ojos agudos, no le sorprendería si había detectado algo extraño en Cantica. Y, después de todo, alguien le había advertido a Tredegar sobre la posible esclavitud, ¿verdad? Eso sonaba bastante a la comerciante comprándose a sí misma a una bailarina de espejos amistosa. Tristan dudó de repente, con Maryam levantando una ceja.

“Cuenta,” pidió ella.

“Existen esclavos aquí,” dijo. “Encontré una cárcel subterránea con Tredegar y Tupoc, fue así como armé los últimos detalles.”

Que los prisioneros en esa cárcel nunca volvían porque los devoraban los demonios. Maryam suspiró, pasándose una mano por el cabello.

“Hay esclavos en muchos lugares, Tristan,” dijo ella. “Mi propio padre mantuvo a varios. No necesitas tratarlo con tanta cautela.”

Casi le dijo que no diría tanto si hubiera visto cómo trataban a los esclavos en esa cárcel, pero se mordió la lengua. Maryam había visto más de Vespero que él. Nunca lo habían dicho en voz alta, pero ambos sabían la verdad. Ella conocía bien la fealdad de la esclavitud. Fue él quien no estaba preparado: una cosa era saber de los abismos en el Trinchero y cómo se les trataba peor que bestias de carga, pero otra muy distinta era ver esa realidad con sus propios ojos.

“Es una mala cosa,” dijo finalmente, exhausto.

“Y aún más vil cuando se convierte en un negocio,” concordó suavemente Maryam.

Ninguno añadió más que eso.

--

Lan permanecía junto a la pizarra donde estaban escritos con tiza todos los nombres y números, fijándose en ellos con la intención que Tristan sospechaba era de averiguar quién había intentado encerrar a quién. La ladrona tenía curiosidad por saber quién la había mencionado, pero en ese momento tenía asuntos más apremiantes que le colgaban sobre la cabeza.

“Tristan,” le saludó su compañero ratero sin girarse. “¿Qué has estado haciendo, me pregunto?”

“Viendo los paisajes,” respondió con tono pausado. “¿Y tú?”

Lan observó su entorno. Nadie se encontraba demasiado cerca; la mayoría de los demás estaban dentro del Último Descanso comiendo o bebiendo, pero las persianas estaban abiertas y el sonido podía transmitirse. Ella le hizo una señal para que la siguiera, y ambos se trasladaron al callejón lateral de la posada.

“Brun está tramando algo,” susurró, bajando la voz. “Y creo que Yaretzi participa de ello.”

El ladrón la miró.

“Estoy escuchando,” dijo.

“Siempre están hablando,” afirmó ella. “Y tienen las dos habitaciones además de la de Tredegar.”

“Él no tiene ninguna razón para atacar a Tredegar,” señaló Tristan. “No solo la mataría enseguida, sino que ella tiene una gran opinión de él y la gente la escucha.”

“Quizá se trate de Yaretzi, entonces,” dijo Lan impacientemente. “Están tramando algo, Tristan.”

El ladrón frunció el ceño.

“Sigo creyendo que Brun es el asesino,” finalmente afirmó. “Nadie más encaja. Pero creo que tal vez estuve más seguro en ese momento de lo que realmente deberíamos estar, Lan.”

Ella lo miró con frialdad.

“Realmente no piensas eso,” afirmó la mujer con los labios azules. “Solo crees que esto es demasiado problema para enfrentarlo, además de lo que sea que desapareciste a investigar.”

Él admitió silenciosamente que no era del todo injusto que ella pensara así. Sin duda, esa cuestión pesaba en la balanza—Brun era algo que afrontar cuando la amenaza de los demonios ya no pendiera sobre sus cabezas. Pero tampoco era mentira decir que desde que amenazó a otro ratón, había reflexionado dos veces.

“Incluso si él volviera a matar a alguien,” dijo Tristan, “¿por qué Yaretzi lo ayudaría?”

Lan vaciló.

“¿Qué más podrían estar haciendo?”

“Una alianza, por miedo a terminar en una jaula,” contestó. “O muerta.”

El ladrón negó con la cabeza.

“Tráeme más,” dijo Tristan, “y podrá usarse. Pero tú no tienes suficiente, Lan.”

Y aunque sus ojos eran agudos, pensó, desear que mataran a su hermana gemela no era algo que ayudara a tener claridad. Lan lamió sus labios, el azul de su lengua se oscureció más, y bufó con desdén. Se alejó furiosa, pero ambos sabían que esa era, en cierto modo, una concesión. Tristan la miró alejarse y suspiró.

Tenía que encontrar una puerta.

--

Para su completa sorpresa, cuando Tristan se deslizó a un asiento frente a Angharad Tredegar, su escolta ya estaba a su lado. Song lo observó con calma, con esos ojos plateados que no parpadeaban, evaluándolo y midiendo su presencia. El ladrón se preguntó si Maryam, que estaba en su lado de la mesa, debía considerarse su protectora.

Incluso podía haber algo de verdad en eso.

“Debemos decidir qué les contamos a los demás,” afirmó Song Ren con serenidad. “Y hacerlo pronto, ya que la gente comienza a retirarse a sus habitaciones.”

Tristán echó un vistazo a Maryam, preguntándose cuánta de su propio camino hacia Cantica le había contado — ¿compañera, cómplice? La relación aún era difusa.

“Que tenemos motivos para esperar que habrá un ataque durante la noche,” sugirió Tristán.

Y entonces le vino una idea, rápida, brillante como plata y tan sumamente tentadora que no pudo resistirse.

“Y que deberíamos estar preparados para retirarnos del Último Descanso si el peligro nos encuentra,” añadió.

El ceño de Tredegar se frunció.

“¿Crees que el ataque nocturno será tan peligroso?”

“Él tiene razón,” dijo Maryam. “Podría ser un dios con quien hicieron un pacto, o un grupo de demonios, no podemos saberlo. Lo que sí sabemos es que la Guardia espera que ese ataque pueda ser enfrentado por combatientes lo suficientemente hábiles para superar las dos primeras pruebas.”

“Preferiría mantenernos firmes,” admitió Angharad, “pero algunos de nosotros no somos guerreros, así que no negaré que quizás sea más prudente retirarse y atraer al enemigo a un terreno más favorable.”

Y allí estaba la oportunidad en su forma. ¿Docenas de personas moviéndose de noche, en medio de violencia y caos?

“Deberíamos escoger dos lugares diferentes para que la gente se reúna,” dijo el ladrón con naturalidad. “Si nos dispersamos, o somos perseguidos, quizás no sea fácil congregarse en un mismo sitio o esperar a todos. Encontré una entrada trasera en el lado del pueblo, esa puede ser una de las ubicaciones. ¿Y la puerta principal para la otra?”

“Eso parece sensato,” asintió Tredegar.

Sus ojos plateados lo miraron, pero él no se echó atrás. Maryam no le habría dicho, decidió creer en eso. Dioses, ¿cómo no hacerlo cuando ella perdió dedos para salvarle la vida?

“Cada uno puede dirigirse a uno de estos lugares por si lo peor ocurre,” dijo Tristan. “Creo que debería ocupar la puerta lateral, ya que fue yo quien la encontré.”

Un encogimiento de hombros, en acuerdo con el Pereduri.

“Y ahora contamos a los demás,” exhaló Tredegar.

Ella parecía por fin cansada.

“Sería mejor dividir esa tarea, que cada uno hable solo con unos pocos,” propuso Tristan.
“Nuestros anfitriones tal vez noten algo si todos actuamos igual.”

Era lo más sensato, así que naturalmente aceptaron, y él ignoró el peso de la mirada penetrante de Song mientras se levantaba.

“Necesito un favor,” susurró a Maryam.

Ella pareció sonreír, fría y completamente salvaje.

“Pensé que sería así,” dijo ella. “Me encargaré de ello.”

Tristán no empezó con él, eso habría sido demasiado evidente. Tampoco necesitaba precipitarse, ya que Tredegar ahora tenía malas relaciones con aquel hombre y era poco probable que se acercara. En cuanto a Song, bien, Maryam solo quería tener una palabra con ella en ese momento. Cozme Aflor era el tercero en su lista y ya le miraba con recelo cuando se sentó frente a él. La explicación fue breve, y luego el hombre con bigote buscó la mirada de Song en la sala y recibió un asentimiento en respuesta.

“Que sea en secreto,” susurró Tristan. “Augusto no debe enterarse, y si hay rumores, los habitantes del pueblo quizás noten que estamos atentos a ellos.”

“Por supuesto,” asintió Cozme, acariciando su bigote. “Seré muy cuidadoso, Tristan.”

“Nos vemos allí,” sonrió.

Que ese ‘allí’ no fuera un lugar donde cualquier otra persona que no fueran ellos se reuniera, no era algo que el verdugo de su padre necesitara saber.

Todavía no.

--

Cuando el último de ellos empezó a subir las escaleras, Tristan se detuvo el tiempo suficiente para observar cómo la oscuridad comenzaba a infiltrarse por las persianas. La noche había llegado a Cantica, las farolas que rodeaban la ciudad se apagaban una tras otra. Ay, no habría sueño para él esta noche.

Su tarea estaba a punto de comenzar.

--

La paciencia hacía la mayor parte del trabajo.

El ladrón aguardó hasta que el posadero apagó las últimas luces del Interior del Último Descanso y salió. No cabía duda de que el diablo también lo haría, pues solo con una mirada al tamaño de la cocina en comparación con la planta superior se confirmaba que no había cámara alguna

construida para que durmiera allí. Tristan esperó unos minutos más, luego se deslizó por el pasillo y bajó las escaleras. Las ventanas estaban cerradas con persianas, pero la puerta permanecía sin llave; al abrirla un poco, miró a través.

La calle estaba oscura y desierta, pero a lo lejos había luces.

Salió sigilosamente, cerrando la puerta tras de sí. Cuando salió para tener una mejor vista, las luces provenían de antorchas. La plaza del pueblo, pensó. Tristan evitó la calle principal, manteniéndose en callejuelas y pasando tras las casas. No podía arriesgarse a exponerse en el exterior: no solo los demonios veían en la oscuridad, sino que también decían que tenían sentidos extraordinarios. Su estrategia lo llevó cerca de la plaza, pero un callejón en particular terminaba en un muro sin salida. Tristan logró distinguir voces débilmente, pero estaba demasiado lejos para captar algo útil.

Frunciendo el ceño, observó el costado de la casa tras la cual se escondía. Había una entrada, con un poco de trabajo. Un cajón vacío —que crujió bajo su peso, haciendo que se le escapara un suspiro de dolor— le sirvió para elevarse un pie. Con eso fue suficiente para encajar un pie en una tabla que sobresalía y agarrarse del borde del tejado de tejas. Pero pronto descubrió que la labor era precaria; si se aferraba a las tejas para elevarse, estas podían soltarse en cualquier momento. Tragando una maldición, el ladrón buscó algo que le sirviera y encontró una pala con la cabeza doblada. Retrocedió sigilosamente, tomó la herramienta y trató de reducir al mínimo los crujidos del cajón al volver a colocarse en la tabla.

Usando la pala como contrapeso, se impulsó para quedar de pie sobre la tabla que sobresalía. Tenía cuidado de no dejar caer la pala, apoyándola contra la pared, y luego trepó hasta llegar a la azotea. Sin hacer ruido, avanzó lentamente sobre las tejas y se aferró al suelo frío del techo hasta coronar la cima. Desde allí, pudo tener una vista privilegiada de la plaza bajo sus pies. El corazón le dio un salto al respirar profundamente. Solo había unas pocas antorchas, sostenidas por unos hollows pálidos en la plaza, pero debían ser más de cincuenta las personas congregadas allí.

Todos parecían hijos del Resplandor, pero al verlos moverse alrededor de las jaulas, Tristan no pudo evitar notar que algo no encajaba del todo. No se movían con naturalidad, como si sus brazos y piernas a veces se doblaran más de lo necesario, como si la confirmación del movimiento fuera más una ilusión que una realidad.

“- no veo nada.”

La voz de un hombre, aunque entrecortada. Como si cuidara mucho cada sílaba al pronunciarla.

También provenía de atrás, desde el callejón.

Tristan contuvo la respiración, se apretó contra el tejado y rezó en silencio. Algunos ruidos de pasos en el callejón. Al menos dos de ellos.

"Fue una rata", dijo otra voz. "Los esclavos se están poniendo gordos, te lo aseguro. Ya no los cazan con la misma eficacia de antes."

Por el sonido, uno de los demonios abajo pateó la pala que había dejado apoyada.

"Sería mejor que no hubiéramos dejado nada al azar", afirmó la voz rígida.

Un bufido que sonó ligeramente a clics mandibulares.

"Nada de esto significa nada hasta que llegue Akados", dijo el demonio. "Los recién convertidos le obedecen como si fuera algún duque del Infierno."

"Como si", resopló la voz rígida. "Ni siquiera es un anciano, él..."

Una caja fue pateada, Tristan casi se estremeció por el sonido.

"Todavía es peligroso", dijo el otro demonio. "Cuidado con tu movimiento."

Gruñidos de ira, luego escuchó que la pareja se alejaba. Tristan contuvo la respiración hasta que sus pulmones ardieron y sus ojos se llenaron de lágrimas, liberándola solo cuando estuvo completamente seguro de que ninguno de los dos estaba lo suficientemente cerca para escucharlo. Eso había sido peligrosamente cercano. Si hubiera sido solo un poco más lento para escalar... Sin embargo, no había tiempo para que el miedo se apoderara de él, puesto que la multitud abajo se enroscaba en una tensión no expresada. No fue difícil ponerle un rostro a la fuente, pues todos los demonios a su alrededor guardaron silencio.

El demonio llevaba la piel de un hombre de mediana edad, observó Tristan, con hombros anchos y un calvo en la coronilla. Tenía un aspecto vagamente malani, y por la vestimenta, el ladrón pensó que probablemente era el carnicero del pueblo. Si ese no es Akados, tiraré mi sombrero. El demonio saltó hábilmente para sentarse sobre una de las jaulas, mientras la multitud de sus compañeros se ondulaba a su alrededor. Los labios de Tristan se estrecharon: ningún hombre podría moverse así. Simplemente no era algo que las piernas de la gente pudiera hacer.

El alcalde Crespin, o al menos el demonio que llevaba esa piel y ese nombre, se acercó hasta la mitad de la plaza y aclaró la garganta.

"Ahora que todos han llegado", dijo, con la voz ligeramente vibrante, "podemos comenzar. Tenemos una caza y un cazador para esta noche."

"¿De verdad?"

La multitud estremeció. El carnicero, aquel que Tristan pensaba que podría ser este "Akados", fue quien habló.

"Me parece", continuó el carnicero, con voz pausada y perezosa, "que los cuervos están en desorden. Su montaña colapsó; su fortaleza quedó enterrada. Este año, para ellos, es como si ya lo hubieran perdido."

Un bufido de otro en la multitud.

"Nos dieron reglas cuando nos abandonaron aquí", dijo el otro demonio. "Cien años jugando su juego, y el plazo se acaba. ¿Por qué deberíamos arriesgar a la Guardia en su lugar, Akados?"

"Para alimentarnos", respondió el demonio, con la voz ansiosa por toda esa holganza. "No con las sobras que nos permiten, sino para comer verdaderamente hasta saciar nuestro corazón, como fue hecho para que hiciéramos. No mordiendo almas vacías ni rompiendo una alma en pedazos como si fuera una galleta- un plato digno."

¿Vacías? Tristan frunció el ceño. Significaba oscuro, recordó, o quizás apagado. Quizás se refería a los huecos. Pero lo que era aún más preocupante era que el demonio más viejo de Cantica intentaba convencer a los demás de una masacre a los que estaban en el juicio, y no había mucha oposición. Aunque algunos todavía resistían.

"Todos saben que te vuelves más agresivo con la matanza", gritó un demonio. "Solo quieres que uno se acerque más a ser siempreverde, pero ¿qué nos importa eso a nosotros?"

Akados soltó una carcajada.

"Todos queremos una matanza, Vane", replicó el demonio, mostrando los dientes de un hombre y los picos de un demonio detrás. "Sentirlos retorcerse en el Mar Vacío, participar en los colores. Yo ganaré, eso seguro, pero ¿quién no lo haría acaso?"

Una mirada desafiante.

"No vendrán tras nosotros con polvo y balas durante un año, que ya está pasado," dijo Akados. "No somos tan fácilmente reemplazables. Y si podemos escaparnos con ello, ¿qué nos detiene?"

Leer a una multitud de diablos era como intentar comprender a extranjeros a través de un panel de seda, pensó Tristan, pero si tuviera que apostar, habría dicho que la muchedumbre ya había sido convencida en buena parte. Solo era cuestión de tiempo: demasiados de los diablos se quedaban extrañamente quietos cada vez que se mencionaba la alimentación, las expresiones de las conchas se aflojaban con ansia.

Era, reflexionó Tristan, momento de largarse de Cantica antes de que todos murieran.

Las discusiones al menos ayudarían a cubrir el sonido de su retiro silencioso hacia el callejón. Tristan se escabulló, con más prisa de lo que había llegado, pues ahora sentía la urgencia clavada en su espalda. ¿Aún podía lograrlo con Cozme, ahora que no tendría tiempo para preparar su emboscada como había planeado? Tal vez, pensó. Necesitaría evaluar la situación antes de decidirse.

Pero incluso mientras se escondía de regreso en El Último Descanso, el ladrón se obligó a tomar un desvío. Angharad Tredegar lideraría sus ovejitas perdidas por la puerta principal, pero Tristan enfocaba la vista en la trasera, por más de una razón. Lo mejor sería primero averiguar si había guardias cerca. Probablemente no diablos, pensó, pero quizás hollows. Enemigos no tan temibles, pero capaces de alertar a cualquiera.

Silencioso, giró en la esquina del puente de madera y arriesgó una mirada. El ladrón contuvo un suspiro, al detectar movimiento y retrocedió. Miró de nuevo, con más cuidado, y se tranquilizó al ver que solo se trataba de un hombre de espaldas. La calma duró solo hasta reconocer la capa andrajosa que miraba. Con un suave grito de triunfo, Augusto Cerdan abrió de par en par la puerta trasera y se apartó rápidamente.

Esto, pensó Tristan someramente, cuando los cultistas comenzaron a invadir la ciudad, iba a ser un problema.

Revision #1

Created 5 May 2026 09:51:38 by Michael Brown

Updated 5 May 2026 09:51:41 by Michael Brown